

Tú que viniste como lluvia

Paula Han



Capítulo 1

En vez de comenzar un prólogo que les diera una probadita de la historia, decidí hacer algo diferente. Algo muy mío. Decidí explicar esta historia, esta historia que ni es comercial, ni fue fabricada para vender.

Esta historia nace de un momento dificultoso en mi vida, de un montón de vivencias que no son mías, pero las tomé como si fuesen. Mientras lean la historia se darán cuenta de que no habrá romance meloso y anti realista. Si son como yo, puede que lloren en algunos capítulos. Es posible que detecten eventos reales en esta historia, cosas que sucedieron en realidad, que no son ficción.

Pueden que se encuentren con elementos religiosos. No los juzguen, sólo aménlos. Si son ateos, pues tolerénlo. Estos elementos fueron insertados con el único propósito de hacer esta historia más real y humana.

Por último, espero que amen a cada personaje de la misma manera en la que yo los amé. El germen de la idea vino de alguien, pero el desarrollo de los personajes fue completamente mío. Estoy enamorada de esta obra, y espero que ustedes también la aprecien.

Nada más que añadir,

Capítulo 2

- ¿Dónde está tu hermanita, Bailey? —le preguntó su mamá—¿Por qué no estabas con ella? Gritó en estado de histeria antes de romper a llorar. Bailey era incapaz de responder. Estaba mareada, aturdida y sentía que un vértigo insoportable se apoderaba de su cuerpo.

Su madre se movía con frenesí buscando a su hermana. No había sabido de ella en horas. Bailey observaba a su madre ser consumida por la desesperación de alguien que perdía la esperanza, gritando y llorando con histeria. Sin embargo, Bailey se sentía entumecida incapaz de terminar de asimilar lo que estaba sucediendo. A su lado, su padre miraba a su madre moverse con expresión estoica.

- ¿Dónde está mi hija doctor? —lloró su madre desconsolada.

- ¿ha intentado buscar en otro hospital? Las victimas están siendo llevadas a diferentes centros médicos. Su madre negó con la cabeza.

-he ido a todos los centros médicos de la ciudad, ellos me dijeron que las ultimas victimas serían traídas aquí. el doctor encogió sus hombros con impotencia.

-tal vez sea tiempo de buscar en los reconocimientos de víctimas. Sugirió él con pena y cautela. Su madre negó con la cabeza.

-ella tiene que estar bien doctor, ¿verdad? —dijo ella como poseída—dígame que está bien, dígame que sólo tiene un hueso roto—el medico rehuyó su mirada, ella gritó con todas sus fuerzas—¡por favor! ¡Que alguien me diga que no es cierto! Bailey se encogió de dolor al ver a su madre ser consumida por la histeria y la desesperación.

Se miró a sí misma a través del cristal de la sala de emergencias del enorme hospital. Su rostro era pálido y su pelo negro estaba cubierto de polvo, sus labios magullados hinchados sin razón que ella pudiese recordar. Además de eso también tenía un brazo roto, un tobillo torcido y una pequeña contusión craneal, nada de qué preocuparse. Mientras tanto su hermana, su pobre hermana estaba sumergida bajo los escombros de lo que había sido un gran centro comercial.

- ¿no hay nada que recuerdes? Preguntó una enfermera en tono apacible. Bailey negó con la cabeza.

-no puedo recordar nada. Contestó en voz baja, entonces su papá la abrazó.

-está bien si no recuerdas—finalmente habló su padre, consolándola—nadie debería conservar recuerdos tan horribles. Terminó de decirle sujetándola en un firme pero cálido abrazo.

-¡alguien tiene que acordarse Andrew!, ¡Cassie tiene que aparecer!—le contradijo su madre histéricamente—mi niña debe estar por ahí, ¡mi niña debe estar en algún lugar! Gritó frenéticamente. Se escucharon los sonidos de una ambulancia y por la puerta entró un paramédico.

-ha llegado una nueva víctima. Se escuchó decir un paramédico dijo a lo lejos. Bailey vio como la enfermera corría rápidamente hacia él. Su madre se acercó con esperanza de que se trate de su hija.

-¿código? Preguntó la enfermera, los ojos del paramédico se pusieron acuosos.

-negro—contestó con entereza—era una niña de ocho años, la perdimos de camino aquí. Terminó de decir con tristeza. La madre de Bailey palideció mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y perdían el brillo. Su boca se abrió ligeramente y dos lágrimas solitarias bajaron por sus mejillas. Parecía como si le hubiesen extirpado el alma.

-disculpa—dijo ella en un tono de voz que no quería ser oído—yo soy la mamá de una niña de ocho años que se encuentra perdida. El paramédico recuperó su compostura al mirarla.

-puedo enseñarle el cadáver, aunque espero que no sea su niña. Contestó él, su madre asintió.

-espera Melinda—la detuvo el padre de Bailey—no puedo permitirte que vayas a ver a nadie en ese estado. Ella lo miró con un brillo de determinación en la mirada.

-yo traje a mi niña al mundo, yo podré con esto. Contestó ella con coraje. Él la agarró por el brazo.

-deja que yo entre primero—Pidió él condescendentemente—yo sé que tú la trajiste al mundo, ¿pero no crees que será demasiado dolor ver como se ha ido de él? Ella negó con la cabeza y se soltó de su amarre. Entonces se dirigió hacia la morgue del vasto hospital. Él la siguió tratando de impedir que ella se destruyese a sí misma; mientras que ignorando al personal de servicio, Bailey los siguió rezando internamente para que la niña que había muerto no fuese su hermanita.

De nada sirvió, pensó ella. Cuando su mamá entró a la morgue para encontrar un cuerpo cubierto por una lo que vio al levantar la manta la hizo caer al piso como privada del habla. Andrew le tapó los ojos mientras ella permanecía inmóvil y Bailey trataba de asomarse para ver que

sucedía.

-¡no la dejen entrar! Gritó Andrew con una voz irreconocible. Entonces Melinda reaccionó y profirió un grito que retumbó por las paredes del hospital.

-¡suéltame Andrew!—chilló ella mientras forcejeaban para que él le quitase las manos de los ojos—¡esa no es mi hija! ¡esa no puede ser mi hija! Gritaba con histeria.

-¡Melinda reacciona!—trató de tranquilizarla él—Bailey está ahí afuera. Ella continuaba llorando histéricamente.

-déjame ir con ella Andrew—pidió a gritos— ¡deja que me vaya con ella! ¡no puedo dejar ir a mi hija sola!

-¡tenemos otra niña más!—exclamó Andrew perdiendo la paciencia—¡no puedes hacerle eso a nuestra hija! Le gritó él ella se zafó de él.

-ella debió estar con la niña. Dijo ella sintiendo rabia y desesperación. Bailey sintió como su corazón se partía en pedazos.

-si hubiesen estado juntas estaríamos llorando a dos niñas en vez de una. Replicó él, ella negó con la cabeza.

-no, si hubiesen estado juntas ambas hubiesen sobrevivido. Le espetó ella, él la agarró por los hombros.

- ¿y tú? —le preguntó él en tono duro—¿Dónde diablos estabas tú? Preguntó él. Se hizo un silencio en la habitación seguido del ruido de su propio padre tratando de reanimar a su mamá.

Bailey vio cómo los médicos sacaban a su madre de la morgue tan pálida como un cadáver. Dios mío, ¿Qué he hecho? Se preguntó al tiempo en que sus piernas perdieron fuerza, y así sin quererlo terminó desmayada. La llevaron de vuelta a la sala de emergencias, de donde no debió salir. La anestesiaron para que se durmiese. Como si la anestesia callara la consciencia. Como si dormir le fuera a cambiar el hecho de que su pequeña hermana había fallecido. Como si cerrar los ojos fuera a hacer desaparecer el dolor de sus padres.

Todo había empezado esa mañana cuando fueron a comprar el vestido para la graduación de segundo grado de Cassie. Su madre la había dejado en la puerta del centro comercial mientras iba a buscar estacionamiento.

“-esperen en la tienda de vestidos. Les había dicho, ellas asintieron.

-no te tardes. Contestó Cassie con su habitual tono dulce.

-vayan escogiendo vestido, saben bien que a papá no le gusta que lo hagan esperar. Había dicho de vuelta antes de desaparecer en busca de estacionamiento. Cassie había mirado al cielo y había sonreído.

-el día está precioso—había dicho ella maravillada—mira las nubes, ¿estarán hechas de algodón de azúcar? Bailey bufó burlonamente.

-No, tonta—le había contestado mientras ponía los ojos en blanco—las nubes podrán estar hechas de cualquier material, pero no de algodón de azúcar.

-ya tendré tiempo para comprobarlo yo misma. Contestó la niña distraídamente. Bailey la miró con extrañeza.

-aterrizza niña. Se burló Bailey.

- ¿compramos mi vestido? Preguntó ella después. Bailey asintió y ambas entraron. Caminaron a través de los brillantes pasillos llenos de tiendas, mientras buscaban la tienda de vestidos donde debían esperar por su madre. Sin embargo, Bailey tenía unos deseos terribles de ir al baño. Y en cuanto llegaron a la tienda de vestidos, no dudó en sentar a la niña en una esquina y hacerla esperar mientras ella iba al baño.

-espérame aquí Cassie ¿entendido? —le ordenó—no te muevas por nada del mundo, te veré en un momento. Bailey corrió hacia el baño rápidamente, mientras sus necesidades apremiaban. Sin embargo, ese momento en el que volvería a ver a su hermana nunca llegó.

Mientras salía del baño, Bailey escuchó un pequeño silbido acompañado de un leve temblor. Caminó con rapidez para tratar de llegar a la tienda, pero de repente empezaron a caer bloques de la infraestructura del edificio. Bailey quedó paralizada por el miedo, y así fue como en un minuto, quedó enterrada bajo toneladas de escombros de asfalto.

De lo que había pasado después no tenía ni el menor recuerdo. No estaba segura de que tal vez ella hubiese perdido la consciencia cuando quedó enterrada ahí. No estaba segura de si había escuchado a su hermana ahí abajo. No estaba segura de cómo la habían encontrado. Sólo sabía que había despertado horas después en un hospital con un dolor insoportable en la cabeza.

10 años más tarde...

Iba a llover; Estaba seguro. Caminó mientras arrastraba su pierna ligeramente. La molestia en su rodilla izquierda le delataba el clima. Sintió un fuerte calambre que le hizo detenerse. Suspiró y continuó su camino a

través de la sobrepoblada plaza. Una vez más su rodilla se quejó. Suspiró con fastidio ¿por qué se le tenía que haber olvidado la sombrilla? Se orilló en el camino hasta llegar a un pequeño kiosco.

-deme un paraguas—pidió secamente. El dueño del kiosco, un tipo de apariencia amable lo miró con desdén mientras se lo pasaba. Graham pagó rápidamente antes de abrir su paraguas. —asegúrese de resguardar el papel—le dijo con amabilidad refiriéndose a la cantidad de revistas y periódicos que se exhibían en el kiosco—va a llover hoy. El dueño bufó descortésmente.

- ¿va a llover en este cielo sin nubes? Preguntó sarcásticamente, pero Graham ya se había ido.

Graham se detuvo al sentir otra molestia en su rodilla. “Maldita prótesis” maldijo en su cabeza. Hubiese sido un joven común de veintisiete años si no fuese por esa prótesis y entre otras cosas más, de las que no quería ni hablar. Se enderezó y dio un paso al frente cuando una pequeña gota cayó justamente en su frente.

- ¿debería conseguir un trabajo como meteorólogo? Se preguntó burlonamente mientras se desataba una lluvia torrencial. Abrió su paraguas y caminó atravesando la lluvia sin inmutarse demasiado. Total, ya había estado en la peor de las situaciones, ¿Qué era una lluvia para arruinar su día?

-discúlpame—dijo una chica que chocó con él de repente—¿me dejas compartir tu paraguas? Él se quedó atónito. La chica lo miró con nerviosismo. Estaba de prisa, notó él. Ella movía su pierna ansiosamente mientras esperaba su respuesta.

-no—contestó él sin vacilar—donde yo compré venden. Terminó de decir. La chica suspiró y se rascó el cuello. Él se tomó un segundo para observarla. Parecía tener de veintiuno a veintitrés años. Su rostro limpio, parecía no llevar maquillaje. Su pelo era oscuro y sus ojos brillantes. Sin embargo se veía nerviosa y algo ansiosa, cosa que despertó su curiosidad.

- ¿a cuál kiosco se refiere? —preguntó ella impacientemente—el kiosco de la esquina cerró por la lluvia. Él se encogió de hombros y empezó a caminar, había hecho de su política de vida no involucrarse en asuntos ajenos. —véndame su paraguas. Pidió ella de repente, él no se detuvo ni a mirarla.

-Lo hiciese si tuviese uno de repuesto, pero este es por el momento el único que me queda. Ante la negativa de él, ella chasqueó la

lengua y suspiró profundamente.

-Lamento mucho esto, espero algún día poder pagar por este favor—dijo antes de arrebatarle el paraguas y echarse a correr. Graham quiso perseguirla pero tenía demasiada incomodidad en su pierna como para correr, así que decidió caminar a través de la lluvia. Cojeó levemente en su intento de llegar a la próxima esquina, aunque ese no era el problema. Su rodilla se negaba a funcionar y su calambre se estaba haciendo cada vez más fuerte. “¿Qué hago?” se preguntó. No podía pedir ayuda, pero el dolor era tan fuerte que no podía ni caminar.

La lluvia continuaba cayendo a cántaros. “se va a enfermar” escuchaba a la gente murmurar mientras él se esforzaba por llegar a la parada del autobús. “seguro está drogado” escuchó a alguien más, sin embargo continuó caminando. Estaba a menos de un minuto de la parada, no iba a rendirse en ese momento. El autobús se aproximó a la parada, y Graham haciendo a un lado su incomodidad corrió hacia el autobús hasta alcanzarlo.

Rato después, llegó a su casa. Al entrar no pudo evitar derrumbarse cuando su pierna colapsó. El dolor era insoportable, se arrastró hacia la mesita de noche al lado de su cama y buscó febrilmente los sedantes que lo ayudaban a calmar el dolor.

- ¿buscas esto? —preguntó una voz rasposa a sus espaldas. Él se dio la vuelta para encontrarse con la mirada recriminadora de su abuela que sostenía el frasco acusadoramente.

-sólo por esta vez abuela—rogó con un hilo de voz, su rostro había perdido el color. La anciana negó con la cabeza.

-eso dijiste la última vez Graham, ¿es que acaso no te das cuenta? —él se arrastró hacia ella, lleno de desesperación—te has convertido en un adicto a estos medicamentos. Él negó con la cabeza.

-por favor. Rogó él, ella se agachó a su nivel.

-te estoy matando al permitirte que te bebas esos sedantes—ella examinó su rostro—mocoso, estás destruyéndote a ti mismo. Terminó de decir mientras le soltaba las pastillas. Él abrió el frasco con frenesí y se bebió tres al mismo tiempo. Estaba empapado, sin embargo mientras la pastilla le hiciera efecto no podría moverse.

-Gracias abuela. Agradeció él casi en un susurro.

-Mocoso, agradéceme cuidando de tu malnacido cuerpo. Él rió

levemente.

-usted no deja de maldecirme ni aun cuando me estoy muriendo. Bromeó él, ella buscó una toalla en el armario y se sentó a secarle los pies.

-si no hubiese sido por tu maldita madre, esto no estuviese sucediendo—maldijo en un tono bajo—esa desgraciada acabó con la vida de tu papá, te abandonó, tuvo el descaro de enfermarse y después...

-no maldiga a mi mamá frente a mí—le pidió él en seco, la abuela le golpeó la pierna.

-no defiendas a esa maldita delante de mí—le contradijo ella—si vas a tener un hijo, entonces debes acompañarlo hasta el final no aparecer de repente y pedirte que él supla todas tus necesidades. Sentenció la anciana, Graham suspiró.

-no estaba obligado a ayudar, pero lo hice. Contestó él, la abuela ladeó la cabeza.

-lo hiciste porque tienes una abuela que te ha criado bien, lo hiciste porque eres un ángel de persona—replicó ella enojada—lo hiciste porque no eres un parásito como esa desvergonzada—chasqueó la lengua fastidiada—ya dejemos el tema, ¿sabes qué? Ese tema hace que me suba la tensión arterial y esa desgraciada no merece ni eso de mí. Terminó de decir suspirando.

- ¿pero sabe abuela? Esa desgraciada es mi mamá. Respondió él sedado por las pastillas.

-niño estúpido—le recriminó ella—¿acaso esa desagradecida insípida hizo algo por ti? Yo soy tu mamá, ¡yo!—exclamó ella exasperada—yo te crié, yo te bañé, yo te cambié los pañales, yo te atendí cuando estuviste enfermo, ¡Yo soy tu mamá! ¡no ella! Concluyó con fastidio.

-Es cierto—concedió él—creo que hasta nos parecemos ¿no es cierto? —preguntó él—yo tengo su nariz, y ambos tenemos ojos pequeños. La señora asintió con la cabeza.

-En efecto—asintió ella—tú y yo nos parecemos, ¿de quién crees que has heredado tu belleza? Te recuerdo que a mí me llamaban la venus americana. Él se rió sonoramente.

-debí haber nacido en aquellos tiempos, así tal vez hubiésemos tomado aunque sea una copa juntos. La anciana le golpeó la pierna de

nuevo.

-mocoso intrépido, con tus malos hábitos de bebida te hubieses noqueado con media copa de cerveza—Él suspiró mientras lentamente se quedaba dormido—ay mi niño, ¿Qué haré contigo? Suspiró la anciana con tristeza mientras buscaba la almohada y la sábana para arroparlo en el piso.

Rato después Graham despertó sólo en la habitación. Al parecer la abuela se había ido. Suspiró mientras se incorporaba y revisaba su rodilla. Ya no le dolía la rodilla, sin embargo se sentía terriblemente hambriento. Se levantó y caminó por la habitación en busca de algo de comer que su abuela le pudo haber dejado, pero no halló nada. ¿debía pedir algo de comer? Se preguntó mientras se quitaba la ropa para darse una ducha. No quería comida china, no quería salir a comprar hamburguesas, ni quería bajar para molestar a Clara. Debería pedir una pizza, decidió.

Graham se desvistió y se metió a la ducha. El caer del agua por su cuerpo hacía que se relajara. Salió rápidamente y se vistió sin pensar en nada. Tomó su celular y pensó en marcarle a la pizzería que había cerca del centro de la ciudad, pero se detuvo. ¿Con qué bebida podía acompañar la pizza? Se preguntó. No quería soda, no se le antojaba una limonada, tampoco quería agua. Suspiró mientras consideraba si de verdad valía la pena comprar la pizza. Estaba ahorrando para pagar sus deudas del mes, sin embargo no era justo vivir un estilo de vida en el cual no pudiese ni siquiera comprar algo de comer. Su estómago rugió por hambre, pero estaba indeciso. Graham suspiró y tomó la decisión de marcar para pedir la pizza.

-Hola, me gustaría pedir una caja de pizza de queso. Dijo una vez contestaron el teléfono.

- ¿quiere que se lo entreguemos en su casa? Preguntó el empleado al otro lado la línea.

-sí claro. Contestó Graham dudoso.

-entendido, ¿podría decirme a nombre de quién y a qué dirección quiere que se la llevemos? Preguntó el joven, Graham se sentó en su cama y se rascó la cabeza.

-Graham Flores—contestó él al tiempo que le daba la dirección de su casa. El chico le dijo que estarían allá en media hora y Graham colgó. Pensó en comprar jugo de piña en el mercadillo que había a una calle de su casa. Si iba a comer algo no había chiste en que se lo comiese sin beber nada, ya que había hecho el gasto de la pizza, también debía beber algo. Se puso los zapatos y salió silenciosamente con cuidado de no

molestar a Clara y a su hijo de nueve años, Ty.

La calle era oscura y el ambiente silencioso. Graham se metió por un callejón buscando cortar camino hasta la tienda. No quería tardarse mucho. Sin embargo, había mucho ruido en el callejón. Se acercó curiosamente, sin dejar de lado su cautela. Entonces alcanzó a ver como un grupo de jóvenes golpeaban a un chico. Se percató de que todos llevaban pañuelos azules, lo que significaba que eran pandilleros. "Graham Flores esto no es asunto tuyo" se dijo. No debía involucrarse, ya contaba con suficientes problemas como para involucrarse con pandilleros. Graham siguió caminando a pesar de oír los gritos del chico al que golpeaban sin piedad.

-¡no me mates!—gritó el chico en un tono que hizo que Graham se petrificara—por favor, sólo tengo trece años ¡ni siquiera sé por qué rayos me están haciendo esto! El chico estaba desesperado. Graham se dio la vuelta para darse cuenta de que uno de los chicos sostenía una navaja. Graham se encendió en ira y caminó hacia el chico que sostenía la navaja antes de golpearlo brutalmente.

-¡corre niño!—gritó Graham mientras golpeaba a los agresores del chico. El chico trató de levantarse pero entonces el chico que tenía la navaja, en un movimiento rápido y preciso hirió a Graham en el abdomen y se movió rápidamente para apuñalar al chico. El chico cayó al piso mientras sangraba profusamente. En el momento en el que lo apuñalaron todos los pandilleros se fueron dejándolo solo e indefenso, prácticamente agonizando. Graham se acercó a él ignorando el dolor de su propia herida.

-no me quiero morir. Jadeó el chico agonizante. Estaba sangrando un montón. Graham puso sus manos en la herida tratando de parar el sangrado.

-dejé mi teléfono en casa—dijo Graham ofuscado mientras ponía su fuerza en contener el sangrado del muchacho—deja que vaya y busque ayuda. El chico le agarró la mano.

-no me dejes—le pidió con voz queda—me estoy muriendo. Graham se soltó de su agarre y se puso de pie.

-no podré salvarte si me quedo—contestó Graham—resiste, traeré ayuda.

-ayúdame—le rogó el chico—quiero vivir. Graham dejó al chico en el callejón y se echó a correr. Cerca del lugar una mujer estaba parada a un lado de la acera. Parecía distraída, sin embargo a él no le importó. La mujer lo miró como si hubiese enloquecido.

-hay un chico muriendo en el callejón. Le avisó Graham sin aliento. La corrió despavorida hacia el callejón y echó un grito estridente al ver al muchacho.

Graham sabía que la policía iba a llegar pronto y no quería tener que verse involucrado en un lío legal. Tampoco quería tener que ir a un hospital puesto que no tenía con qué pagarlo. No podía quedarse. Suspiró y se dio media vuelta presionando su abdomen para contener el sangrado de su propia herida. Tenía que irse.

Bailey bajó del autobús y caminó hacia su hogar después de una agotadora entrevista de trabajo. Había conseguido trabajo como arquitectura en un importante proyecto de reurbanización. Estaba feliz y deseosa de celebrar con su mamá y sus seres queridos.

-¡Ya llegué mamá! Gritó Bailey alegremente desde el quicio de la puerta, sin embargo su alegría se esfumó en cuanto entró a su hogar. Ahí en el piso estaban apiladas montones de botellas de cerveza, y a un lado de la habitación estaba su madre roncando producto de la borrachera.

Bailey se dejó caer al piso, como entumecida. Suspiró mientras contenía las lágrimas. "¿hasta cuándo?" se preguntó inconscientemente. Ya debía haberse acostumbrado a ver a su madre así de borracha. Sin embargo, todavía podía recordar a la madre glamurosa y coqueta que solía tener, y el ver que había quedado de ella bastaba para romperle el corazón.

Sin darse tiempo para tenerse lastima, Bailey se levantó del piso y empezó a limpiar las botellas de la sala de estar. Su madre debió haberse bebido algunas cinco botellas, y eso que ella no las estaba contando. Era tan decepcionante verla en ese estado después de que había conseguido durar dos semanas sobria, que a Bailey sólo se le antojaba llorar.

Su día había sido arruinado por la imagen de su mamá tirada en el piso de su sala de estar pasando la borrachera. Había ido a una entrevista de trabajo y conseguido el contrato que quería, pero ya no tenía deseos de celebrarlo. Limpió la sala de estar silenciosamente y acomodó a su madre en el sofá, antes de tomar su teléfono y llamar a su mejor amiga Lucy.

- ¿Qué? —contestó ella a la tercera campanada.

-voy en camino, ¿Por qué no contestabas? —preguntó Bailey

mientras recogía su bolso y salía silenciosamente.

-no tenía el teléfono cerca—contestó ella distraídamente. Bailey caminó hacia una parada de autobús cercana a su casa.

- ¿ocupada? —preguntó, Lucy suspiró al otro lado de la línea.

-debo entregar el manuscrito en una hora—contestó exasperada.

- ¿Cuánto tienes? Preguntó Bailey con genuino interés.

-casi la mitad—contestó Lucy mortificada—¿Qué debo hacer? No me llega la inspiración. Se quejó, Bailey rió al otro lado de la línea.

-chica, yo soy la inspiración andante ¿en qué puedo ayudarte? Preguntó, Lucy suspiró al otro lado de la línea.

-Mathilde se dio cuenta de que ama al señor Rainford, al tiempo que también siente algo muy fuerte por Peter Craven, ¿Qué debería hacer? Pregunta Lucy. Bailey suspiró. Lucy era una exitosa escritora de novelas románticas en línea. Su más reciente novela, "Mathilde" estaba a punto de ser publicada por una prestigiosa editorial, después de su éxito en el internet.

-espera, ¿no fue el señor Rainford quien violó a Mathilde en la cabaña del bosque? —preguntó absorbida en la historia—¿no fue Peter Craven quien la recomendó en el burdel? ¿Qué tipo de humor retorcido tienes para estar haciendo esto? Lucy suspiró con fastidio.

- ¿me culpas a mí? Mathilde tiene un gusto pésimo en hombres. Contestó ella, Bailey subió al autobús.

-Si yo fuese Mathilde, simplemente me iría a París con el fraile Drummond y mandaría esos dos al mismo infierno. Dijo Bailey mientras se rascaba la nariz. A unos metros de distancia una mujer seguía atentamente su conversación.

-perdóneme—le dijo tímidamente—no pude evitar escuchar su conversación—Bailey la miró con cautela—¿conoce usted a la señorita Mathilde? Preguntó la mujer con timidez. Bailey sonrió, tal era el éxito de la novela de Lucy, que muchas mujeres pensaban que Mathilde era una mujer real viviendo en algún rincón de Londres.

-conozco a alguien que la conoce mejor que a nadie. Contestó Bailey en tono divertido.

- ¿me perdí de algo? Preguntó Lucy al otro lado de la línea.

-alguien me está preguntado si conozco a Mathilde. Contestó Bailey, Lucy rió.

-Dile que Mathilde y yo somos inseparables, al punto en el que yo soy quien toma sus decisiones. Bailey se rió mientras halaba la cadena para quedarse en la parada de autobús.

-Estoy a dos minutos de allí. Contestó Bailey mientras bajada del autobús.

-Compra pollo frito y vuelve en media hora—le ordenó Lucy—me diste una idea y si entras me voy a distraer y se me va a olvidar. Terminó de decir Lucy antes de colgar. Bailey se sentó en la parada del autobús conteniendo un suspiro. Cerca de ella, un muchacho alto y de apariencia desaliñada se paró en la parada de autobuses.

-yo la conozco. Dijo un chico alto y de apariencia desaliñada justo frente a ella.

-no nos conocemos. Contestó Bailey pensando que él era uno de los pícaros a los que le encantaba enamorar chicas para hacer todo tipo de cosas con ellas.

-sí nos conocemos. La contradijo él. Ella sacó su gas pimienta del bolso disimuladamente. Entonces ella lo miró bien y recordó haberlo visto.

- ¿no es usted la roba-paraguas? Preguntó él burlonamente esbozando una leve sonrisa. Él era el muchacho a quien ella le había quitado el paraguas para poder llegar a tiempo a su entrevista, recordó ella. Sin embargo el rostro de él a ella se le hacía extrañamente familiar, casi como si lo conociese de otra parte. Él esbozó media sonrisa y un gesto de dolor le atravesó la cara. Entonces sin poder darle tiempo de recordar de dónde lo conocía ella se percató de que el muchacho de la sombrilla estaba terriblemente herido.